

REFERENCIAS

I

En el mes de febrero conmemoró el mundo, con actos que tuvieron el sentido de una espléndida apoteosis, los cuatrocientos años de la muerte de Miguel Angel. Lo que este hombre extraordinario significó en el campo de la pintura, de la escultura, de la arquitectura y aun de la poesía ha recibido ya de la historia el veredicto definitivo y consagratorio, sin que ni una sola faceta de su genio haya escapado al examen y a la consiguiente admiración de la posteridad.

Los más eximios críticos de arte, desde entonces hasta hoy, han consagrado al estudio del florentino páginas sin cuento, y los volúmenes en que se presentan y analizan su vida y su obra exceden en número todo cálculo. Porque el nombre de Miguel Angel —como el de Cervantes, el de Shakespeare y el de Dante—, ha adquirido en el ámbito de la cultura universal tales dimensiones que su sola enunciación evoca de hecho y de inmediato el fenómeno más prodigioso que registra la humanidad en punto a la creación artística. De él puede decirse, sin vanas hipérboles, que es la cifra cumbre del Renacimiento, y que su obra compendia, de la manera más potente, todos los valores estéticos de su tiempo, siendo de rigor aceptar que en muchos aspectos se anticipó, inclusive, a no pocas conquistas que el mundo contemporáneo considera hoy todavía como audaces. De ahí que su obra no solo perdure como perfección puramente formal, sino que conmueva y altere de modo constante la sensibilidad artística de cada nueva generación.

Los trabajos que ahora incluimos sobre Miguel Angel corresponden a dos muy distinguidos escritores colombianos, los señores Otto de Greiff y Néstor Madrid-Malo, quienes desde ángulos diversos y con una incuestionable propiedad hacen memoria en estas páginas de algunos importantes aspectos que ofrece la obra del insigne italiano.

2

El profesor Juan Friede es uno de los investigadores más asiduos con que cuenta hoy la historia de Colombia. Aunque su origen no esté en nuestro suelo, la circunstancia, no insignificante, de haber residido en el país por cerca de treinta años, y de haber adoptado hace largo tiempo su ciudadanía, le ha comunicado a su tarea intelectual un fervoroso entusiasmo por el hombre precolombino y por el de los tiempos inmediatamente posteriores al Descubrimiento. El fruto de ese fervor y de esas investigaciones se halla recogido en un crecido número de volúmenes y de artículos de prensa, y en la propia serie de documentos relativos al siglo XVI publicada por la Academia de Historia. De esta intensa actividad ha derivado el profesor Juan Friede algunas personales experiencias sobre el estado actual de la investigación en Colombia. No parece, sin embargo, que sus tesis al respecto se ajusten muy bien con las de otros eminentes historiadores, y aun podría decirse que en torno a este tema ha girado la discrepancia que en cuanto a métodos y criterios de investigación mantienen entre sí quienes dedican su tiempo a estas labores. Las ideas que el profesor Friede expone en el artículo que hoy publicamos no son, no pueden ser ciertamente, sino la expresión de sus particulares puntos de vista, muy respetables, desde luego, pero que no anulan los puntos de vista contrarios que tienen otros historiadores. Con ese carácter, y haciendo desde luego esa salvedad, los damos a conocer a los lectores del Boletín.

3

El ensayo de Hernando Téllez que se inserta en estas páginas del Boletín es, si bien se mira, un complemento necesario del que publicó en una entrega anterior bajo el título "La Gramática y el Arte Literario". Porque si en el primero sentaba la tesis de que el genio creador no siempre mantenía relaciones muy cordiales con las leyes que gobiernan el idioma, y para su adecuada corroboración traía a cuento el caso de algunos escritores colombianos, en este último hace la afirmación de que "la benevolencia en la crítica no tiene cabida, o al menos explicación, sino con relación a las literaturas pobres e incipientes, puesto que en ellas se considera excusable el balbuceo de las formas y la confusión de los valores". Las complicidades de la crítica, como él denomina esa falta de rigor y justicia en el examen de una literatura, están excluidas de hecho en países de cultura desarrollada, de valores definidos y perdurables. Es decir, que respecto de ellos ya no son posibles el disimulo, ni la benevolencia, ni las justificaciones patrióticas o naciona-

listas, puesto que la prosperidad real de su literatura hace totalmente innecesarias esas actitudes. Téllez plantea, además, la verdadera y única función de la crítica, tal como él la entiende, y utiliza para ello un razonamiento claro, conciso y de incuestionable fuerza dialéctica.

También encontrarán los lectores en este número del Boletín un artículo de Carlos Arturo Truque sobre el tema "De la Artesanía a la Gramática", en el cual impugna su autor las tesis sostenidas por el señor Téllez en el primero de los trabajos mencionados. Ojalá que con esta publicación se dé comienzo, por fin, a esa tarea de necesarias definiciones intelectuales que demanda entre nosotros el ejercicio de una crítica honesta y valiente.